

Crítica de la razón árabe

Icaria ☼ Antrazyt

175



INTRODUCCIÓN

Sólo forjaremos nuestra modernidad replanteando nuestra tradición (*turāt*)

De vez en cuando, se escuchan voces críticas que vienen a poner en cuestión la necesidad de preocuparse por el pasado cultural árabe: ¿por qué todo ese interés por el patrimonio cultural? ¿No significa esto, acaso, abjurar del compromiso intelectual? Algunos llegan a decir, incluso, que se trata de un fenómeno patológico, de una «neurosis colectiva» que afectó a los intelectuales árabes tras la derrota de 1967 y les hizo dar marcha atrás refugiándose en el legado cultural. Los que mantienen esta idea se quejan de que el interés por el pasado cultural nos desvía de la modernidad y sus exigencias. Cegados por su creencia, piensan que la tradición árabe-islámica, como toda tradición, no es más que una rémora de la historia que conviene relegar al pasado y de la cual sólo tienen que ocuparse —en el caso de que fuera necesario— los especialistas en el tema. El interés por la tradición debería quedar, pues, encaulado en las aulas universitarias o en las revistas científicas especializadas. En otros términos, según dichas voces críticas, el interés de los intelectuales árabes de hoy por el legado cultural no sería más que una preocupación gratuita e inútil vivida a costa de la modernidad.

A nuestro parecer, esta postura entraña una clara minusvaloración de la problemática planteada por la cultura árabe. En efecto, lo que caracteriza a esta cultura, desde la época de Codifica-

ción (*asr at-tadwīn*)¹ hasta nuestros días, es el hecho de que su dinámica interna no se basa en la producción de lo nuevo, sino en la reproducción de lo antiguo. A partir del siglo VII H./XIII C., esta dinámica reproductiva cayó en un estado de inercia, repliegue y reiteración. Desde entonces, dominó, y sigue dominando, en la cultura árabe-islámica lo que hemos dado en llamar una «lectura tradicional de la tradición». En este caso, una de las exigencias primordiales de la modernidad es, desde nuestro punto de vista, superar la «lectura tradicional de la tradición» para alcanzar una visión moderna de la tradición. Para nosotros, la modernidad no significa rehuir la tradición, ni romper con el pasado, sino más bien elevar nuestra manera de relacionarnos con la tradición a nivel de lo que conocemos por el nombre de «contemporaneidad», o sea, incorporarnos decididamente al progreso logrado a escala planetaria. Ciertamente, que la modernidad debe buscar la validación de sus presupuestos en el interior de su propio discurso, a saber, el discurso de la «contemporaneidad» y no en el discurso de la «tradicionalidad» (*asāla*), que pretende aferrarse e inspirarse en los fundamentos de la tradición. Pero no es menos cierto tampoco, que la modernidad en el pensamiento árabe contemporáneo no ha alcanzado aún este nivel y que se limita a inspirarse en la modernidad europea de la cual extrae sus fundamentos y las condiciones de validación de su discurso. Ahora bien, aunque la modernidad europea se presente actualmente como modernidad a escala «universal», su simple pertenencia a la historia cultural específica de Europa, aún en los casos de contestación interna, la incapacita para establecer una comunicación crítica y renovadora con la cultura árabe, cuya historia es diferente. Ajena a la cultura árabe y a su historia, la modernidad europea se ve así impedida para entablar un auténtico diálogo con la cultura árabe capaz de suscitar en su seno movimiento alguno de transformación, por lo que se comporta más bien ante dicha cultura como un ente desafiante que la empuja a ensimismarse y a replegarse sobre sí misma. En nuestra opinión, por tanto, el camino hacia una modernidad propiamente árabe debe partir necesariamente del espíritu crítico producido

1. Cf. la Presentación de este libro.

por nuestra propia cultura árabe. Sólo de este modo podremos desencadenar una dinámica de cambio en el interior de nuestra cultura. Desde esta perspectiva, la modernidad significa, en primer lugar y ante todo, elaborar una metodología y una visión modernas del patrimonio tradicional con la finalidad de liberar nuestra concepción de dicho patrimonio de la carga ideológica y afectiva que pesa en nuestra conciencia y que nos fuerza a concebir la tradición como una realidad absoluta que trasciende la historia, en vez de percibirla como algo relativo e histórico.

Aquí se encuentra, precisamente, lo peculiar de la modernidad en lo que a nuestra cultura árabe se refiere, es decir, el papel específico de la modernidad en la cultura árabe contemporánea, lo que la convierte por derecho propio en una *modernidad árabe*. De hecho, no existe una modernidad absoluta, universal y a escala planetaria, sino múltiples modernidades, diferentes de una época a otra y de un lugar a otro. En otros términos, la modernidad es un fenómeno histórico, y como tal, está condicionada por las circunstancias en las que se manifiesta, y circunscrita a unos límites espacio-temporales marcados por el devenir de la historia. La modernidad difiere según el lugar y según la experiencia histórica. Por ejemplo, la modernidad europea es diferente de la modernidad china o la japonesa. Hoy en día, se habla en Europa de «posmodernidad» entendiendo que la modernidad concluyó a finales del siglo XIX como el gran período histórico subsiguiente al Siglo de las Luces (s. XVIII), el cual había venido a superar, por su parte, al «Renacimiento» (s. XVI).

La situación en el mundo árabe es totalmente distinta: el «Renacimiento», las «Luces» y la «Modernidad» no representan en nuestro ámbito cultural etapas sucesivas de superación, sino que se trata, más bien al contrario, de etapas que se entrelazan y coexisten en el seno de nuestra misma contemporaneidad, cuyo comienzo se remonta a poco más de un siglo. Por ello, al hablar de «modernidad», debemos evitar —en lo que a nosotros se refiere— entenderla en el mismo sentido que la entienden los intelectuales y pensadores europeos, para quienes la modernidad es la etapa que rompe con el Siglo de las Luces y con el Renacimiento, el cual se fundaba, además, en el intento de revitalizar la tradición de la Antigüedad clásica y en una cierta manera de asumirla. La mo-

modernidad árabe, tal como se presenta en nuestra situación presente, es a la vez el Renacimiento, las Luces y la superación de ambas etapas, por lo que todas las expresiones de la modernidad deberán girar en torno a los principios de racionalidad y democracia. Dichos principios no son, por otro lado, artículos de importación, sino prácticas concretas que responden a unas reglas bien definidas. A buen seguro que si no ponemos en práctica la racionalidad dentro de nuestra tradición y no desennascamos los elementos de despotismo que la habitan y denunciamos sus manifestaciones, seremos incapaces de construir nuestra propia modernidad, es decir, una modernidad en la que comprometernos y en la que actuar, con y a través de ella, como agentes de la modernidad universal y no como meros pacientes.

Quizás puedan objetar algunos propagandistas de la modernidad que ellos perciben la modernidad «universal» tal como es, como una presencia independiente que se basta a sí misma. Pese a que tenemos nuestras dudas de que una tal situación pueda darse realmente, es decir, que un intelectual pueda vivir una modernidad que se baste a sí misma, estamos dispuestos a admitir dialécticamente esta tesis, pero sólo como solución a problemas individuales. Quienes sostienen esta tesis, no hacen más que medir la cuestión de la modernidad con un baremo estrictamente personal restringiendo el problema al puro ámbito de la experiencia y de las circunstancias individuales. Para algunos, esta postura puede ser considerada verdaderamente *moderna*, partiendo de la idea de que la modernidad consagra el valor del individuo como tal, por lo que estaríamos ante una modernidad «individualista». Sin embargo, pensamos que esta forma de explicar la modernidad es errónea, porque de ser así, los intelectuales citados no sentirían necesidad alguna de criticar el interés que otros demuestran por el pasado cultural. ¿Qué les importaría, en tal caso, ese «otro» si la modernidad fuese, como dicen, una simple postura individual?

No; la modernidad no es una cuestión de posicionamiento individual, más que en la medida en que da libre curso a la expresión del espíritu crítico y a la creatividad en el seno de una determinada cultura, entendiendo la crítica y la creación como actividades individuales realizadas por individuos en tanto que individuos y no como representantes de un grupo. Pero aun así, la modernidad

no representa una actitud negativa, de retiro o de repliegue sobre el yo. La modernidad, pese a la importancia que concede al individuo como valor en sí mismo, no es un fin por sí sola. Es, por el contrario, un fenómeno que tiene lugar a escala global y con las miras puestas en la totalidad de los fenómenos de la cultura en que se produce. La modernidad por la modernidad es una idea absurda. La modernidad es un mensaje y un impulso renovador: modernización tanto de la mentalidad, como de los criterios intelectuales y perceptivos. Pero, cuando la cultura dominante a que nos enfrentamos es una cultura tradicional, el discurso en pos de la modernidad deberá orientarse primordialmente hacia la tradición con el fin de hacer una relectura de todo el legado cultural y presentar una visión contemporánea del mismo. Dirigir la modernidad, con su discurso, su método y su visión del mundo, hacia el legado cultural es la única forma posible, en las actuales condiciones, de hacer que la mayor parte de los intelectuales, de la población instruida y del pueblo en general, abracen la modernidad y que los postulados de ésta sean llevados a efecto. Frente a ello, el repliegue hacia un individualismo narcisista conduce necesariamente a un exilio suicida y a la automarginación.

Ciertos intelectuales que se presentan entre nosotros como par-ticipes de la «modernidad», levantan la bandera de la democracia reduciéndola a una mera cuestión de libertad individual y al mismo tiempo rechazan la racionalidad con el pretexto de que ésta impone el «orden» y restringe la «libertad». De esta manera, estos intelectuales se limitan a imitar pura y simplemente ciertas tendencias de la modernidad europea, ignorando —o haciendo como que ignoran— la enorme diferencia existente entre nuestra situación y la de Occidente. Es verdad que en el Occidente industrializado, el racionalismo invadió todos los sectores de la vida individual y colectiva, y que llegó a dominar por completo el conjunto de las relaciones sociales y la concepción del mundo, así como la generalidad del pensamiento y de los comportamientos humanos. Los efectos de una organización racional de la economía, de la administración, de los aparatos del Estado y de las instituciones, acabaron por incidir en la totalidad de la existencia individual y colectiva. La revolución tecnológica e informática impuso su carácter sistemático a todos los aspectos de la vida humana, poniendo en

peligro el estatuto ético del hombre, e incluso su especificidad como ser libre, o mejor dicho, como ser cuya libertad es la condición necesaria para su completa realización existencial. Pero aún hay más, el racionalismo se extralimitó en muchos otros campos explotando a la ciencia y a la tecnología —que desde este mismo punto de vista racionalista, hubieran debido estar al servicio de la libertad humana y del derecho de los pueblos— para producir innumerables modos de aniquilación de masas y de personas persiguiendo en la diversificación de los instrumentos de exterminio y en el incremento de sus cualidades técnicas. Obviamente, la reacción humana, justa y natural, incluso desde el punto de vista de la modernidad, fue la de rebelarse contra este absurdo irracional en el que desembocó el racionalismo moderno. Esta rebelión hizo caer a algunos, por diferentes razones, las más de las veces personales —como la incapacidad para afirmarse en la sociedad— en las garras de tendencias místicas, religiosas o no, que les llevaron a adoptar posiciones hostiles a toda forma de racionalidad.

Algunos de quienes proclaman entre nosotros la «modernidad», adoptan esta posición irracionalista, por las razones mencionadas, imitando así posiciones carentes de justificación en la realidad árabe. El mundo árabe sufre, actualmente, el dominio de otro tipo de irracionalismo completamente diferente al irracionalismo de la Europa contemporánea. Se trata de un irracionalismo puramente medieval con todo lo que ello conlleva de relación tiránica entre gobernantes y gobernados, tanto en el plano ideológico como en el social. Ante un irracionalismo retrógrado de esta especie, se hace palmariamente necesario el racionalismo como única arma eficaz. ¿Cómo es posible concretar una modernidad sin razón ni racionalismo? ¿Se puede acaso aspirar a un renacimiento sin una razón renovadora? La hostilidad y los ataques contra el racionalismo en una situación como la nuestra evidencian una actitud puramente oscurantista e irracional. Quien se introduce por esta senda oscurantista, está condenado a caminar a ciegas. La razón es una lámpara para que el ser humano ha de encender, no sólo para alumbrarse en las tinieblas, sino incluso para orientarse también a plena luz del día.

Tal es nuestra concepción de la modernidad en el sentido de cómo debería ser definida atendiendo a nuestra realidad árabe con-

temporánea. Ha de consistir en dos principios ineludibles: racionalidad y democracia. El tratamiento racional y crítico de cada uno de los aspectos de nuestra existencia árabe —donde el patrimonio tradicional (*turāt*) representa el hecho más actual y enraizado en nosotros— es la única y más genuina tendencia hacia la modernidad. Así, la «necesidad de preocuparse por la tradición» viene dictada por la necesidad de modernizar nuestra relación con el patrimonio tradicional árabe-islámico con una doble finalidad: de un lado, para que dicho patrimonio sirva a la modernidad, y de otro, para conseguir arraigar la modernidad dentro de nuestra propia especificidad histórica.